



REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 64. **Miscelánea**

Estados Unidos e Israel, de la alianza a la simbiosis
Ferran Izquierdo Brichs

Estados Unidos e Israel, de la alianza a la simbiosis

Ferran Izquierdo Brichs*

RESUMEN

La relación de Israel con Estados Unidos ha ido evolucionando de la alianza durante la Guerra Fría a la simbiosis en la actualidad. La política norteamericana hacia Oriente Medio ha estado marcada por el interés en el petróleo, a la que se ha ido sumando la creciente relación con Israel. Sin embargo, mientras que durante mucho tiempo los intereses compartidos con Arabia Saudí y otros países árabes moderaron la política estadounidense y equilibraron un poco su apoyo a Israel, en los últimos años la alianza con Israel ha pasado a dominar la estrategia de Washington. Esto se ha reflejado en la invasión de Irak y en las tensiones con los países árabes. La razón de esta evolución hay que buscarla, principalmente, en la influencia que han ganado Israel y los grupos de presión proisionistas en la política doméstica de Estados Unidos.

Palabras clave: Estados Unidos, Israel, Palestina (T.O), peacemaking, mundo árabe, acuerdos políticos, gestión de conflictos, Oriente Medio

La política de Estados Unidos hacia Oriente Medio está marcada por dos dimensiones esenciales, el petróleo y la relación con Israel. Durante el período de Guerra Fría, la importancia geoestratégica de la región y el control de los recursos energéticos la situaron en un plano de gran importancia, pero el fin del conflicto bipolar demostró

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universitat Autònoma de Barcelona

Ferran.Izquierdo@uab.es

Este artículo se basa parcialmente en la tesis doctoral "Guerra y agua: objetivos y actitudes de los actores en el conflicto por Palestina", realizada por el autor bajo la dirección de la doctora Esther Barbé Izuel. La tesis se puede encontrar íntegra en: <http://www.tdx.cesca.es/TDCat-0221103-210613/#documentos>

que la relación de Estados Unidos con Oriente Medio no se fundamentaba tan solo en la competencia con la URSS. A pesar de la transformación del marco sistémico, tanto el control de la región como de sus recursos continuaron siendo un objetivo básico en la política hegemónica de Washington. Los pilares más fiables para mantener su influencia sobre la región son las propias fuerzas militares, la OTAN e Israel. Para poder desplegar el ejército y colocar bases militares, Estados Unidos precisa de alianzas con países de la zona. Por esta razón, la aproximación a los regímenes árabes fue uno de los objetivos de la política estadounidense desde principios de siglo, siguiendo las presiones de las compañías petrolíferas. Sin embargo, a partir de 1948, la creación del Estado de Israel introdujo un factor de tensión en la región que se trasladó a las relaciones de los actores de Oriente Medio con Estados Unidos.

Las alianzas con los Estados árabes siempre han estado sometidas a esta tensión, lo que las hace poco fiables a largo plazo. Durante mucho tiempo el Gobierno de Washington intentó solucionar la disyuntiva entre Israel y los aliados árabes manteniendo las alianzas con los dos, apoyando a los gobernantes amigos y actuando como puente entre las distintas partes implicadas en el conflicto árabe-israelí. Para que esto fuera posible no se podía dudar en el momento de ayudar a las dictaduras conservadoras, ya que un Gobierno árabe pasivo ante Israel sólo puede permanecer en el poder con mecanismos autoritarios. Dicho de otra forma, una democracia árabe nunca haría la paz con un Israel que mantenga la ocupación de territorios árabes y se vería obligada a impulsar la solidaridad activa con los palestinos.

El mayor éxito de esta política fue la paz de Camp David entre Israel y Egipto. En los años noventa, el fin de la Guerra Fría y la guerra del Golfo de 1991 ampliaron las alianzas de Estados Unidos con los regímenes árabes. Los gobiernos de George Bush y Clinton potenciaron al máximo esta política de asegurar la doble relación con Israel y los estados árabes aliados, un marco de relaciones que respondía a los equilibrios entre el grupo de presión proisraelí y el grupo de presión del petróleo. Sin embargo, tanto el primer Bush como Clinton tropezaron con una piedra que se convirtió en un muro insalvable: la intransigencia israelí en el proceso de paz con los palestinos.

Este fracaso llevó al Gobierno de George W. Bush a buscar una solución que los sionistas y neoconservadores estadounidenses ya defendían desde la guerra de 1991. Si se tiene que escoger entre la alianza con Israel y las alianzas con estados árabes, la elección de cualquier político con ambiciones en Estados Unidos será Israel. Si esta elección introduce elementos de inestabilidad en los lazos con los árabes, se tiene que controlar de una forma directa la región y los recursos energéticos. Esto significa que se tienen que potenciar los otros instrumentos de poder, principalmente la presencia militar propia estadounidense y la alianza político-militar con Israel. Los atentados del 11 de septiembre y la implicación de un número considerable de saudís en Al-Qaeda

reforzaron este análisis, ya que se demostraba que ni siquiera Arabia Saudí se libraba de la inestabilidad y que no era totalmente fiable. Los pasos siguientes fueron el control de Irak y, a renglón seguido, una “Hoja de Ruta” para afrontar el conflicto palestino-israelí cuyo diseño e inicio de aplicación responden sobre todo a los intereses de Israel y su política de ocupación.

La simbiosis entre la política israelí y la política exterior estadounidense hacia Oriente Medio es el producto de una larga evolución que tiene sus raíces en la emigración de un gran número de la población europea de religión judía hacia Estados Unidos, huyendo del antisemitismo europeo y de la pobreza, en el Holocausto; en el papel estratégico de Israel como aliado de Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría; en la creciente influencia del grupo de presión sionista en Washington y en la identificación de buena parte de la opinión pública estadounidense con Israel.

ESTADOS UNIDOS, LA FUNDACIÓN DE ISRAEL Y EL EGIPTO DE NASSER

Al igual que en el resto de regiones limítrofes con la Unión Soviética, el fin de la Segunda Guerra Mundial supuso el principio de la competencia entre las dos superpotencias por extender su influencia en el Mediterráneo y en Oriente Medio. La tensión entre Moscú y Washington fue en aumento a medida que las potencias europeas perdieron capacidad para intervenir en la región, dándose un proceso de substitución de unos poderes por otros. Este proceso se expresó de forma muy clara en el marco del conflicto árabe-israelí, ya que desde el principio uno de los frentes del enfrentamiento entre los sionistas y los árabes fue la presión sobre las potencias exteriores, principalmente al Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética, para que éstas apoyaran sus reivindicaciones.

La política estadounidense hacia el conflicto en Palestina se acercó a las posiciones sionistas, sobre todo a consecuencia del Holocausto. El presidente Truman, después de dudar y pensar en algún otro tipo de solución, terminó apoyando el plan de partición y las recomendaciones del Comité Especial de Naciones Unidas sobre Palestina (UNSCOP) a la Asamblea General. La Administración de Estados Unidos estaba dividida ante la propuesta de partición. Políticos como Warren Austin, representante de Estados Unidos en Naciones Unidas, o como Loy Henderson, director de la Sección de Oriente Próximo y de Asuntos Africanos en el Departamento de Estado, eran reticentes a la creación de un Estado judío —no aceptado por los árabes y que debería defenderse siempre con las bayonetas—, y a una partición que atacaba algunos de los principios

de la Carta de Naciones Unidas y del Gobierno americano. Otros miembros de la Administración de Estados Unidos contrarios a la partición eran el secretario de Defensa, James S. Forrestal –quien creía que sin el petróleo de Oriente Medio fracasaría el Plan Marshall por lo que se debían mantener buenas relaciones con los países musulmanes– y George Kennan, quien opinaba que apoyar la creación de un Estado para los judíos en Palestina no respondía al interés nacional de Estados Unidos, ya que facilitaría la entrada de la influencia comunista en la zona, como así fue. Sin embargo, las presiones de los informes que llegaban desde Europa sobre el Holocausto y la situación de los judíos en los campos de concentración, la influencia de los partidarios del sionismo dentro de la Administración, y la necesidad del voto judío para las elecciones inminentes¹ fueron determinantes para la toma de esta decisión.

El Estado de Israel recibió el inmediato reconocimiento de facto de Estados Unidos y de la Unión Soviética, que fue el primer país en reconocer el nuevo Estado de iure. El reconocimiento de las dos superpotencias supuso un apoyo fundamental al joven Estado. No obstante, los gobiernos norteamericanos no estrecharían sus lazos con Israel de inmediato, sino en el marco de un proceso que siguió el paso de la dinámica de Oriente Medio y del Mundo Árabe.

La llegada al poder de Nasser fue un revulsivo para todo el conjunto árabe. El pensamiento político de Nasser en su dimensión internacional, expuesto en el libro *La filosofía de la revolución* publicado en 1954, lo enfrentaba tanto a algunos de sus vecinos árabes como a Francia y al Reino Unido, todavía potencias coloniales².

Las relaciones de Nasser con la Administración Eisenhower nacieron viciadas por una incompreensión mutua. En 1953, El Cairo intentó que Estados Unidos influyera sobre Londres para facilitar la retirada británica del Canal de Suez, al mismo tiempo que el Reino Unido presionaba a Washington para que no vendiera armamento a Nasser. Sin embargo, en la visita de Dulles a Egipto pronto se puso de manifiesto la diferencia de intereses entre Nasser y el secretario de Estado. Dulles propuso a Nasser que participara en un pacto de seguridad en Oriente Medio. Sin embargo, a la pregunta de quién era el enemigo, la doctrina estadounidense sólo tenía una respuesta: la Unión Soviética y su bloque. Para Nasser, en cambio, los soviéticos estaban muy lejos y jamás habían ocupado Egipto, mientras que el Reino Unido todavía estaba allí.

El fracaso de Francia y el Reino Unido, aliados de Israel, en la guerra de Suez de 1956 obligó a Estados Unidos a adoptar una política más activa hacia la región. La percepción de la Administración estadounidense fue de que el vacío que dejaron las potencias coloniales europeas podía atraer a la Unión Soviética, y más en un momento en que el nacionalismo árabe de Nasser adquiriría una fuerza renovada por el éxito de la nacionalización del Canal de Suez. La influencia del nacionalismo árabe era considerada una amenaza para los regímenes conservadores y, sobre todo, como un factor desestabilizador de la región que podía modificar el statu quo.

La Administración Eisenhower fue la primera en plantearse una política clara hacia Oriente Medio, aunque con el objetivo de impedir la influencia soviética en la región. La estrategia de Estados Unidos debía basarse en cuatro aspectos esenciales: 1. Implicarse en la región pues ya no podía confiar en el Reino Unido para proteger sus intereses; 2. Organizar una alianza antisoviética (que se convertiría en el Pacto de Bagdad); 3. Vender armas a los estados árabes que se mantuvieran en la órbita occidental, como Irak y, a poder ser, Egipto; 4. Mantener una cierta distancia respecto a Israel y tratar de impulsar un acuerdo de paz entre árabes e israelíes. Sin embargo, los acontecimientos y la propia percepción estadounidense de la política de Nasser no favorecieron esta estrategia y, desde 1956, la URSS se podía presentar como la protectora de los árabes y aumentó la cooperación tanto militar como económica con Egipto, Siria e Irak a finales de los años cincuenta³.

El contencioso egipcio con el Reino Unido y el progresivo alejamiento de los occidentales impulsó el panarabismo de Nasser y su solidaridad con los movimientos de liberación nacional árabes y también no árabes. Al mismo tiempo, se acercó al Movimiento de los No Alineados, junto a los líderes y estados con más prestigio del Tercer Mundo, lo que le apartó aún más de la órbita estadounidense. En este contexto, la compra de armamento a Checoslovaquia en 1955 ante el rechazo occidental⁴ supuso importantes cambios en Oriente Medio: las potencias occidentales debieron enfrentarse a una nueva doctrina y a un nuevo actor que defendía la autoafirmación regional; la Unión Soviética empezó a actuar en una región que hasta entonces había estado bajo la tutela total occidental; la Declaración Tripartita de 1950⁵ ya no era operativa. La inestabilidad de algunos regímenes prooccidentales a finales de los cincuenta y principio de los sesenta, y la percepción del panarabismo como una fuerza contraria a los intereses norteamericanos, ayudaron a Israel a presentarse como el único aliado seguro y alejado del bloque soviético en la región, que además era útil para bloquear a los ejércitos de Egipto y de Siria, ya que les obligaba a mantener paralizadas la mayor parte de sus fuerzas en los frentes con Israel.

Francia fue el principal suministrador de armamento a Israel hasta la llegada de la Administración Kennedy al poder, que coincidió con un paulatino distanciamiento de De Gaulle respecto a la política israelí. A principios de los sesenta la Administración Kennedy intentó mejorar las relaciones con Nasser, pero la guerra de Yemen, que parecía extender la influencia soviética al borde de los pozos de petróleo, cortó de raíz la iniciativa. Por otra parte, Kennedy era perfectamente consciente del peso del voto judío, hasta el punto que comentó a un agradablemente sorprendido Ben Gurion: "I know I was elected by the votes of American Jews. I owe them my election. Tell me, is there something that I can do for the Jewish people?", y poco más tarde sería Golda Meir la que se alegraría al oír: "I think it is quite clear that in case of an invasion the United States would come to the support of Israel"⁶. La ayuda ofrecida por la Administración

estadounidense se concretó, antes de 1967, en el creciente suministro de armamento moderno, que aumentó todavía más con la Administración Johnson. Sin embargo, fue a partir de 1967 cuando se inició la relación simbiótica entre Israel y Estados Unidos, que se manifestaría en una ayuda militar, económica y política hacia Israel, sin paralelo en la historia norteamericana. La Administración Johnson, continuando con una visión de Guerra Fría en la zona, impulsó aún más las ventas de armamento a Israel y a los regímenes árabes conservadores, con mayor fuerza todavía después de la victoria israelí en la guerra de 1967.

LA RELACIÓN ESTRATÉGICA CON ISRAEL TRAS LA GUERRA DE JUNIO DE 1967

El Gobierno de Israel, en un primer momento, planteó sus objetivos en la guerra de 1967 en el marco de la seguridad. No obstante, inmediatamente se pudo apreciar que también los regía una clara ambición territorial. Además, y en este punto coincidían completamente los intereses israelíes y estadounidenses, la derrota árabe debía desacreditar el liderazgo de Nasser en el mundo árabe y debilitar la presencia soviética en Oriente Medio.

En 1967, Oriente Medio se hallaba inmerso en una carrera de armamentos y en una escalada de la tensión. Israel recibía armas de Estados Unidos, así como de Francia y del Reino Unido. Los estados árabes también tenían armamento de estos proveedores occidentales, pero el equipo más moderno les llegaba del Este. Tel Aviv era consciente de su superioridad militar sobre los ejércitos árabes, así que decidió impedir que se pudieran convertir en una amenaza real. Israel había ganado la batalla de la propaganda a nivel internacional, por lo que decidió lanzar la ofensiva antes de que los esfuerzos diplomáticos de Nasser para una desescalada de la tensión dieran resultado. El objetivo israelí de seguridad se cumplió sobradamente. Además, Israel conquistó el Sinaí, la Franja de Gaza, Jerusalén Este, Cisjordania y los Altos del Golán.

El objetivo original del ataque del 5 de junio se centró en la capacidad militar egipcia, para lo que había recibido la luz verde de Washington. No obstante, tras haberlo conseguido en cuestión de horas, el enfrentamiento con Jordania y Siria pasó rápidamente a primer plano. Moshe Dayan era consciente de que la campaña tenía que ser veloz, pues enseguida habría esfuerzos internacionales para detener la guerra. Por esta razón, la invasión de los territorios jordanos en Palestina y de los Altos del Golán se llevó a cabo acto seguido, sin respiro. Israel tenía otra razón de peso para actuar velozmente. Estados Unidos había dado su beneplácito a la humillación y derrota de Nasser,

pero no a la conquista de tierras de Jordania y de Siria, por lo que Tel Aviv no podía dejar tiempo de reacción a sus aliados americanos, aunque para ello hubiera que atacar el barco espía estadounidense Liberty que podía controlar sus comunicaciones y movimientos⁷.

La política exterior laborista, a partir de 1967, hizo un giro total hacia Estados Unidos, lo que coincidió con una creciente atención de Washington hacia Oriente Medio. A diferencia de períodos anteriores, excepto con Eisenhower, Oriente Medio pasó a ser una prioridad en la política estadounidense. La creciente popularidad de Israel en la opinión pública norteamericana y el resultado de la guerra, que se magnificó con la imágen de David y Goliat, ayudó a desviar la atención de Vietnam y el sentimiento de culpa y de duda que acompañó a la intervención en el Sudeste Asiático. A lo que se añadía, tras la experiencia de su intervención en Vietnam, una clara satisfacción en la Administración Johnson porque el aliado israelí no había necesitado la ayuda de Estados Unidos. Además, se inició una importante colaboración entre el *establishment* militar de los dos países, pues Estados Unidos agradeció la información israelí sobre el armamento soviético capturado durante la guerra, el mismo al que se enfrentaban en Vietnam⁸.

Esta relación iría creciendo, por una parte, porque las guerras de Israel se convirtieron en un magnífico campo de pruebas del armamento estadounidense; y, por otra, porque la ayuda militar a Israel se convirtió, en realidad, en un comercio de armas subsidiado que creció incluso después del fin de la Guerra Fría. El *lobby* de la industria militar presiona tanto o más que el *lobby* judío para que se mantenga la ayuda militar a Israel, pues es la forma de impulsar la escalada armamentista. La política de garantizar la superioridad militar israelí, convierte cada compra árabe, incluso de los aliados de Estados Unidos, en un suministro de armamento de una nueva generación a Israel, creando una espiral que sólo Washington puede detener.

Sin embargo, se tenía conciencia de que las relaciones de Washington con los estados árabes sufrirían un importante deterioro. Al tiempo que, como en la URSS, se sentía un cierto temor a que el conflicto árabe-israelí condujera a un choque de las dos superpotencias que pusiera en peligro la distensión. Estas tensiones enfrentadas implicaban políticas contradictorias y una cierta parálisis, que se resolvió al prevalecer los intereses domésticos y emocionales sobre el interés nacional. Así, aunque la política estadounidense fue la de pedir la retirada israelí de los territorios árabes conquistados, según se manifestaba en la resolución 242, no se hizo ningún esfuerzo para su puesta en práctica. Estados Unidos, ocupado en Vietnam, dejó el conflicto de Oriente Medio en manos de Naciones Unidas. No obstante, como consecuencia de las presiones en la política interior, el Gobierno estadounidense reforzó el compromiso con Israel, contra la opinión de un sector de la Administración que creía que desequilibraría la región y que premiaría la ocupación de territorio⁹. El resultado fue que Israel no sintió ningun-

na presión para negociar con los estados árabes, lo que estimuló su sensación de impunidad ante las conquistas y su intransigencia.

La política de Estados Unidos hacia Oriente Medio, con la llegada de Nixon al poder, evolucionó hacia una mayor implicación¹⁰. La relación especial con Israel no sólo se mantuvo intacta, sino que se intensificó. Tras la guerra de 1967, y, sobre todo, a partir de la Administración Nixon, se consolidó la consideración de Israel como una ventaja estratégica (*strategic asset*). Israel encajaba en la política de contención de la influencia soviética. También creció la percepción del Estado israelí como un protector de los intereses estadounidenses ante el nacionalismo árabe, además de exacerbar las divisiones en el mundo árabe y debilitarlo, al tiempo que estabilizaba la región con su hegemonía militar. Además, se veía como una garantía de supervivencia de los regímenes árabes aliados de Estados Unidos. Esta percepción se basaba en la victoria militar de 1967 y en la doctrina Nixon de 1969, que postulaba que Estados Unidos debía apoyarse en ciertos estados en áreas cruciales para que protegieran sus intereses por substitución. También influyó la movilización israelí en auxilio del rey Hussein, durante el Septiembre Negro jordano de 1970. Con el tiempo, de la percepción de Israel como *strategic asset* se pasó a ver la relación con el Estado judío como un compromiso moral (*moral commitment*), lo que deslegitimó a los pocos que no veían la relación con Israel como una ventaja estratégica, y quedó un solo predicamento en la Administración y entre la opinión pública norteamericana en lo que se refería a Israel¹¹.

El compromiso con Israel creció hasta casi confundirse con la política doméstica, a medida que el *lobby* judío ganó todavía más fuerza —con la combinación de la creciente influencia del *lobby* en los procesos electorales, y del mayor peso del Congreso en la política exterior estadounidense—, junto con la ideologización de la política exterior norteamericana con la Administración Reagan, y el creciente peso del fundamentalismo cristiano en la opinión y la política estadounidense. Con el *moral commitment* y la relación especial con Israel, en Estados Unidos se llegó prácticamente a la incapacidad de diferenciar sus propios intereses en Oriente Medio de los de Israel. Hasta el punto de que algunos autores llegan a plantear un conflicto de lealtades en miembros de los gobiernos norteamericanos¹².

Sin embargo, en 1969, el secretario de Estado Rogers, había intentado una nueva aproximación al conflicto. La tensión estaba creciendo nuevamente en Oriente Medio a causa, sobre todo, de la guerra de Usura iniciada por Egipto. Además, los guerrilleros palestinos estaban demostrando una capacidad militar que sorprendió a la mayoría de actores implicados, y las represalias israelíes atacaban más y más duramente a Jordania. El régimen jordano se sentía cada vez más débil ante la implantación conseguida por las fuerzas revolucionarias palestinas y la propia izquierda jordana.

Por otra parte, en el campo diplomático, la mediación de Jarring avanzaba, aunque sin resultados aparentes. La URSS y Estados Unidos, a iniciativa soviética, abrieron conversaciones para discutir el futuro de Oriente Medio. Francia, a su vez, propuso que las cuatro potencias –Francia, Reino Unido, Estados Unidos y Unión Soviética– se reunieran en las Naciones Unidas para buscar una salida al conflicto. Esta actividad en el campo político no era del gusto de Israel, pues temía que se le impusiera una solución desde las potencias que sólo podía ir en la dirección de la cesión de territorio¹³. En este contexto, el 9 de diciembre de 1969, el secretario de Estado Rogers lanzó su iniciativa, que, junto con un alto el fuego en el Canal de Suez, no era más que la interpretación estadounidense de la resolución 242 como “base para una paz justa y duradera”, al tiempo que proponía avanzar en un proceso paralelo de compromiso árabe en la paz y de retirada israelí¹⁴.

La reacción de Tel Aviv ante el discurso de Rogers fue casi de crisis. Se convocó una reunión de emergencia del gabinete, que se pronunció en un rechazo total del discurso de Rogers¹⁵. Era evidente que la interpretación que hacía el secretario de Estado de la resolución 242 no encajaba con la política israelí, pues solicitaba la retirada de las tropas israelíes de los territorios ocupados y la administración conjunta jordano-israelí de Jerusalén. Además, su propuesta de compromiso paralelo en la paz y en la retirada de tropas invalidaba la estrategia israelí de exigir negociaciones de paz sin condiciones territoriales, lo que, en la práctica, suponía impedir la apertura de conversaciones y mantener el statu quo.

Egipto, en un primer momento, dudó ante el discurso de Rogers. Desde el partido del Gobierno, en El Cairo, se rechazó el plan. Sin embargo, Nasser, que se encontraba enfermo en Moscú, aceptó la iniciativa de Rogers. Con este gesto, Nasser ponía la primera piedra de la política que seguiría Sadat de acercamiento a Estados Unidos y de admisión de la intervención norteamericana en los asuntos de Oriente Medio, cerraba la página revolucionaria y no alineada de la historia de Egipto. Nasser, al tomar su decisión, era consciente del terrible coste que estaba pagando Egipto por la guerra de Usura. La campaña de ataques iniciada por Egipto tenía el objetivo de desestabilizar la región para obligar a las superpotencias a implicarse en el conflicto. Las distintas iniciativas diplomáticas demostraron que Nasser tuvo éxito en este sentido, aunque ninguna potencia pudiera forzar a Israel a negociar.

Sadat y Hussein de Jordania lo volverían a intentar a la muerte de Nasser, pero la percepción de hegemonía e invulnerabilidad era tan patente en Israel, que el Gobierno de Tel Aviv fue incapaz de apreciar la voluntad de llegar a un acuerdo, sobre todo por parte del sucesor de Nasser en el Gobierno de Egipto, y no tuvo ningún interés en una paz que rompería un statu quo que le era favorable. Sería necesaria una guerra que rompiera el desequilibrio en la relación de fuerzas para que Israel aceptara entrar en conversaciones con los árabes.

LAS NEGOCIACIONES DE ISRAEL CON EGIPTO Y LAS GARANTÍAS DE WASHINGTON

La finalización de la guerra de octubre de 1973 trajo consigo el inicio de las negociaciones para la separación de fuerzas. El desarrollo de la guerra se reflejó en el proceso de negociación de los alto el fuego. Al inicio fueron los árabes y la URSS los que exigían la retirada total de Israel de los territorios ocupados en 1967 para firmar un alto el fuego. Tras los avances de Israel en el campo de batalla y, sobre todo, tras el cruce de las tropas israelíes del Canal de Suez, la URSS propuso a Estados Unidos un alto el fuego en las posiciones en que se encontraban. Éste se expresó en la resolución 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (S/Res/338 (1973) 22 de octubre de 1973) que, además de llamar al alto el fuego, pedía la implementación de la resolución 242 y el inicio de negociaciones de paz. La resolución fue aceptada por todas las partes. Siria lo hizo forzada por la decisión de Egipto, aunque poniendo las condiciones de la retirada israelí a la Línea Verde –lo que significaba su aceptación de la resolución 242– y de que se tendrían en cuenta los derechos legítimos de los palestinos¹⁶. Sin embargo, Israel continuó las hostilidades para mejorar sus posiciones militares en la orilla occidental del Canal de Suez, rodeando al Tercer Ejército Egipcio. La acción israelí se dirigía tanto a la opinión interior, como a los árabes ante las negociaciones que se preveían. La reacción soviética no se hizo esperar y amenazó con intervenir, al tiempo que propuso la creación de una fuerza de interposición de las dos superpotencias. Estados Unidos respondió con el rechazo a la propuesta, pues hubiera supuesto aceptar la presencia soviética en la zona, y decretó la alerta nuclear.

Finalmente, la URSS, en su defensa de la distensión, cedió e inmediatamente Kissinger inició su diplomacia de lanzadera que tanta fama le dio. Definitivamente, se hizo evidente para los árabes que la URSS no tenía peso para forzar una solución diplomática, ya que no podía influir sobre Israel, y que el conflicto árabe-israelí tenía un lugar secundario en la agenda de Moscú, en la que prevalecía la distensión. Durante la guerra, la Unión Soviética había jugado tanto a la baza del apoyo a los aliados árabes como a la de la distensión. Así, la URSS primero intentó evitar el enfrentamiento militar y, al fracasar, limitó la ayuda dada a los árabes, en comparación con la de Estados Unidos a Israel, lo que redundaría en detrimento de su posición en Oriente Medio, pues los estados árabes comprendieron que el compromiso estadounidense con Israel era mucho más fuerte que el de los soviéticos con ellos¹⁷. La recuperación del Ejército israelí había sido posible gracias a que Washington desplegó un puente aéreo de ayuda a Israel comparable tan solo al que rompió el bloqueo de Berlín.

El resultado final de las negociaciones se ajustaba a la programación de Kissinger. Este tenía tres objetivos centrales: la marginación de la URSS, impedir que una de las

partes consiguiera ventajas militares decisivas y aprovechar la inercia del final de la guerra para poner en marcha la diplomacia dirigida por Estados Unidos. Kissinger, apoyado por Sadat, inició la diplomacia de lanzadera entre los beligerantes el 5 de noviembre. Dos días más tarde, ante la impotencia soviética, Egipto continuó avanzando en el camino de acercamiento a Estados Unidos y reanudó las relaciones diplomáticas con Washington seis años después de haberlas roto.

La guerra de octubre de 1973 fue el acontecimiento que desbloqueó la política de Kissinger hacia la región. Los árabes habían forzado un cambio importante en la relación de fuerzas en Oriente Medio y habían demostrado que todavía podían ser una amenaza para Israel. Estados Unidos se vio obligado a reconocer que el conflicto árabe-israelí era el núcleo de la inestabilidad en la región y decidió aumentar los esfuerzos para afrontarlo.

El acuerdo egipcio-israelí sobre el Sinaí, del 1 de septiembre de 1975, fue un logro de Kissinger, quien continuó en su cargo de secretario de Estado a pesar de la caída de Nixon en agosto de 1974 y su sustitución por Gerald Ford. Este nuevo acuerdo abarcaba más que la separación de fuerzas, era un verdadero acuerdo de no beligerancia¹⁸. El mismo 1 de septiembre, en los memorandos de acuerdo entre Israel y Estados Unidos, Washington contrajo obligaciones con Israel, por primera vez en un compromiso formal y por escrito, tanto de ayuda militar y económica, como de coordinación política en la zona, así como de no dialogar con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) si ésta no reconocía antes el derecho a existir de Israel y aceptaba la resolución 242:

“The United States will continue to adhere to its present policy with respect to the Palestine Liberation Organization, whereby it will not recognize or negotiate with the Palestine Liberation Organization so long as the Palestine Liberation Organization does not recognize Israel's right to exist and does not accept Security Council Resolutions 242 and 338. The United States Government will consult fully and seek to concert its position and strategy at the Geneva Peace Conference on this issue with the Government of Israel (...)”¹⁹.

Las garantías ofrecidas por Estados Unidos, según la perspectiva de la Administración norteamericana, debían servir también para salvar los obstáculos que ponía Israel en el proceso de paz. Sin embargo, el efecto sería el contrario. Israel, rearmado y habiendo desactivado el frente egipcio, recuperó su posición de superioridad militar en la relación con los estados árabes. Así, en septiembre de 1975, desapareció la poca presión que podía sentir para avanzar hacia un acuerdo global. Estados Unidos, con las garantías ofrecidas a Israel y con el Memorándum de Acuerdo de 1975, redujo su margen de acción en el proceso de paz en Oriente Medio y ante los aliados árabes, y perdió maniobrabilidad y credibilidad en su papel de mediador.

La llegada de Carter a la presidencia de Estados Unidos provocó un cambio sustancial en la política de Washington hacia Oriente Medio, que unida a la decisión de Sadat de llevar a cabo la paz separada y a la elección de Begin como primer ministro israelí, cre-

aron la coyuntura que hizo posible la paz de Camp David. La política israelí y la debilidad mediadora de Estados Unidos habían paralizado una vez más el proceso de paz, y Sadat sabía que ni Siria ni la OLP renunciarían a la devolución de los territorios ocupados. Egipto y los árabes, tras el segundo acuerdo de separación de fuerzas con Israel, habían perdido la capacidad de presión militar para provocar una sacudida como la de 1973. Las presiones económicas y políticas en Egipto eran cada vez más fuertes. Sadat era consciente de que, si apoyaba la posición árabe, la recuperación total del Sinaí y la paz con Israel se aplazarían *sine die*, mientras que, en una paz separada, podía recuperar todo el territorio egipcio²⁰. En otro orden de cosas, el anticomunista Sadat estaba cercano a Israel en la repulsa a la implicación de la URSS en el proceso de paz, ya que la participación de los soviéticos supondría el reforzamiento de Siria y la OLP y ralentizaría aún más el proceso²¹. Por estas razones, el egipcio se decidió a dar un salto en su huida adelante que le obligaba a hacer cada vez más concesiones. En Israel, el viaje de Sadat a Jerusalén fue recibido como la prueba de que la intransigencia recompensaba y que, a partir de aquel momento, la negociación de un acuerdo global se había convertido en una quimera árabe y que el intento de convocatoria de la Conferencia de Ginebra estaba enterrado.

La llegada de Begin al Gobierno había creado una constelación de intereses coincidentes que conduciría a Camp David. Begin, como Carter y como Sadat, no creía en la política de pequeños pasos de Kissinger. Según su opinión, este procedimiento creaba tensiones inútiles con Estados Unidos y corroía la imagen de Israel por su posición intransigente. A partir de 1977, con los gobiernos del Likud, Israel adoptó una nueva política hacia Washington. Con el Likud en el Gobierno las relaciones entre Israel y Estados Unidos adoptaron una forma más contractual. A partir de 1967, cuando Tel Aviv cambió su orientación de Europa hacia Estados Unidos en la búsqueda de padrinazgo, los gobiernos laboristas presionaron para aumentar y garantizar el compromiso estadounidense con el Estado judío, pero sin que esta relación se expresara en acuerdos formales. La posibilidad de un compromiso contractual desde Washington se planteaba como compensación de devolución territorial a los árabes y de avances en un proceso de paz (así se expresó en el *Memorandum of Agreement* de 1975 como compensación por el Segundo Acuerdo de Separación de Fuerzas con Egipto), lo que los gobiernos laboristas no querían aceptar. Estos creían que podían conseguir la misma ayuda y apoyo estadounidenses sin necesidad de firmar acuerdos formales. Esta política laborista coincidía con la de Washington, donde se temía que acuerdos oficiales con Israel dañarían las relaciones con los aliados árabes. El Likud intentó cambiar su relación con Estados Unidos hacia una relación de iguales, para lo cual necesitaba formalizar la ayuda norteamericana y que ésta no se pudiera usar para presionar a Tel Aviv. Más tarde, la nueva política israelí se vio favorecida por la llegada al poder de Reagan.

La óptica ideologizada de la nueva Administración situó inmediatamente a Israel en el bloque de las democracias anticomunistas aliadas y, además, con la ventaja añadida de

contar con un buen ejército. En octubre de 1983, durante la ocupación israelí del Líbano, la *National Security Decision Directive* 111 del Gobierno estadounidense dio prioridad a la cooperación estratégica con Israel y, al mes siguiente, se firmó el *Strategic Cooperation Agreement* que reforzaba todavía más la cooperación militar y la ayuda en suministros de armamento, y establecía un acuerdo de libre comercio. Paradójicamente, la ayuda de Estados Unidos a Israel siempre ha recibido los mayores impulsos tras las guerras, cuando el Estado judío había demostrado su superioridad. Esto demuestra que el compromiso de Washington no es con un país amenazado sino para mantener la supremacía israelí en la región. La política norteamericana tenía también sus propios enemigos regionales, más allá del contexto de Guerra Fría, primero con el nacionalismo árabe y, a partir de la revolución iraní, con el islamismo. Tanto los israelíes como los aliados árabes coincidían en las enemistades, hasta el punto de que, por ejemplo, para Arabia Saudí las amenazas eran las mismas que para Israel mientras que el Estado judío no suponía un peligro, gracias a la alianza con Estados Unidos. La continuación del compromiso estadounidense con Israel, tras el fin de la Guerra Fría, demuestra que tenía unas raíces más profundas y unos intereses comunes mayores que la mera contención antisoviética.

Este nuevo marco de relaciones redundó en una mayor cooperación entre Israel y Estados Unidos, y en las garantías de Washington para mantener la superioridad estratégica de Israel en Oriente Medio. Y, con ello, desapareció la poca presión que el Gobierno israelí podía sentir para negociar con los árabes y devolver el territorio ocupado. Esto tuvo una expresión inmediata en la invasión de Líbano, en la anexión del Golán y en una mayor agresividad en el proceso de colonización de Cisjordania.

La negociación de Camp David dejó una sensación ambivalente en los árabes ante Estados Unidos. Por una parte, hizo crecer la desconfianza ante Washington y su papel de mediación, y algunos hicieron un giro hacia la URSS. Pero, por otra parte, se había demostrado que, a pesar de que Estados Unidos tenía un papel ineludible en un acuerdo árabe-israelí, ya no se podía confiar en un *deus-ex-machina* norteamericano que había desviado su atención hacia la región del petróleo en el propio Oriente Medio. Tampoco se podía confiar en una Europa que, más allá de sus declaraciones favorables, no podía ni quería discutir el liderazgo de Estados Unidos en la zona.

ESTADOS UNIDOS ANTE EL PROCESO DE PAZ

Los cambios en el sistema internacional a finales de los años ochenta tuvieron importantes repercusiones en Oriente Medio y en el conflicto árabe-israelí. El fin de la Guerra Fría rompió la estructura bipolar que enmarcaba muchos conflictos locales

en el sistema internacional global, dejándolos enfrentados a sí mismos y a una nueva aproximación de la superpotencia victoriosa: Estados Unidos. No obstante, mientras que los conflictos se libraron del corsé bipolar que dificultaba su avance, tanto hacia la solución política como hacia escaladas de violencia incontroladas, los actores que se enfrentaban en estas disputas quedaron a merced de una nueva realidad globalizadora que exigía nuevos comportamientos domésticos e internacionales.

La *intifada* y la represión israelí, extremadamente dura en los primeros años de la revuelta, se dejaron sentir en la opinión pública internacional e, incluso, en la opinión de los judíos norteamericanos, provocando tensiones con la comunidad internacional y con la Administración estadounidense²². El Gobierno de Reagan, ante la presión de la opinión occidental y de los gobiernos aliados y la permisividad de un *lobby* judío más moderado, emprendió nuevas iniciativas para la solución diplomática del conflicto y, a finales de 1988, inició el diálogo con la OLP. La *intifada*, por primera vez, hizo dudar a Estados Unidos de la capacidad de Israel para controlar y estabilizar la región. Esta percepción se agravó cuando la revuelta de los jóvenes palestinos estuvo a punto de extenderse a los estados árabes vecinos y, en especial, a Jordania.

La guerra del Golfo de 1991 fue la muestra de hacia donde se dirigía el nuevo orden internacional que surgía del fin de la Guerra Fría. Estados Unidos asumió el papel de liderazgo en la nueva anarquía del sistema, y demostró que tenía capacidad y voluntad para hacerlo. Al mismo tiempo, la crisis del Golfo expuso la disposición de la URSS a colaborar con Estados Unidos y dejó claro que ya no se podía contar con el juego bipolar para buscar apoyos contra una u otra superpotencia. Este nuevo marco de relaciones entre las antiguas superpotencias enemigas fue importante para la convocatoria de la conferencia de paz en Madrid. El sistema internacional pasaba de ser un freno para la solución de los conflictos locales a ser un incentivo.

El esfuerzo de la Administración Bush para iniciar el proceso de paz era un reflejo de la necesidad de mantener la estructura de alianzas norteamericanas en Oriente Medio. La presencia de Estados Unidos en la región se basaba en su compromiso con Israel, Egipto y las petromonarquías. La estabilidad de la región y las alianzas con los estados árabes podían alterarse si la situación de *paz fría* entre Egipto e Israel derivaba a una guerra fría en la que se vería implicado el resto del mundo árabe. La presencia militar estadounidense en el Golfo y los pactos de seguridad con los estados árabes aliados suponían un fuerte coste político para los regímenes, que difícilmente podrían soportar en el caso de nuevas tensiones con Israel. Se imponía impulsar un proceso de paz, una *Pax Americana*, que impidiera el estallido de nuevas crisis en la región. La debilidad árabe y la marginación de la Unión Soviética, junto a la presencia militar estadounidense y el control occidental de la ayuda económica y de los recursos necesarios para el desarrollo de la región, permitían diseñar una solución al conflicto a la medida de Estados Unidos. La estrategia de Washington en la negociación coincidía

con las pretensiones de Tel Aviv de llegar a acuerdos de paz previos a la retirada israelí de los territorios ocupados, que se debería negociar posteriormente. La posición árabe era la contraria: la paz, la única baza ante Israel, llegaría tras la devolución de la tierra²³. Sin embargo, fue Arafat quien rompió la estrategia conjunta de los estados árabes e impulsó la paz con Israel y la normalización de relaciones sin contrapartidas territoriales y políticas aceptables.

El fin de la Guerra Fría cambió la aproximación estadounidense a los conflictos regionales y locales. Al desaparecer el adversario global, Estados Unidos se podía permitir ser selectivo en sus objetivos y compromisos futuros, abandonando los grandes diseños y centrándose en intereses específicos. En Oriente Medio el interés vital para Washington es el petróleo. Desde 1973 las crisis en la región se habían reflejado en la principal fuente energética mundial, y no había ninguna garantía de que no pudiera ocurrir lo mismo en el futuro. El principal peligro para la estabilidad del mercado petrolífero era la volatilidad política de la región, por lo que se imponía afrontar el problema asegurando el control del petróleo y evitando el estallido de nuevas crisis que pudieran amenazarlo. El fin de la Guerra Fría y la crisis del Golfo facilitaron el control directo del petróleo, al situar fuerzas militares en territorio saudí y al anular a Irak. El objetivo de la estabilidad política obligaba a desactivar el conflicto árabe-israelí. Este orden de prioridades, a las que se sumaba el apoyo a Israel, implicaba que la paz promovida por Estados Unidos iba unida al mantenimiento del statu quo más que a una solución verdadera de los conflictos. De hecho, esto se refleja en la influencia, en la política norteamericana hacia Oriente Medio, de los dos principales sectores interesados en el mantenimiento de la situación actual estabilizada: el *lobby* judío y el complejo militar-industrial.

La crisis y guerra del Golfo Pérsico en 1990-1991, al quedar el petróleo –el centro de interés internacional en la región– controlado directamente por Estados Unidos y sus aliados árabes y occidentales, redujo la disputa entre israelíes y árabes a su dimensión puramente local en lo que se refería a la óptica estadounidense. De esta forma, por primera vez en mucho tiempo, hubo un cambio real en la perspectiva de Washington hacia el conflicto, producto de la nueva realidad internacional y regional. Con la crisis, el dispositivo de Estados Unidos en Oriente Medio sufrió un cambio notable. Washington basaba la defensa de sus intereses en la zona en la fuerza militar de Israel y la fuerza económica de las petromonarquías. Sin embargo, tras la guerra del Golfo, la fuerza militar para proteger el petróleo era directamente estadounidense y dependía de los acuerdos con los estados árabes²⁴. La intervención estadounidense en Kuwait y el Golfo Pérsico, venía a desmentir a los defensores del papel estratégico de Israel en Oriente Medio, ya que el Gobierno y ejército israelíes no sólo no habían podido evitar la invasión iraquí de Kuwait, sino que además durante la crisis fueron un factor añadido de tensión y una preocupación más de seguridad. Por primera vez, la seguridad israelí había descansado en una intervención directa de Estados Unidos.

Por otra parte, la presencia de personalidades destacadas del *lobby* del petróleo en la Administración norteamericana, como el mismo presidente Bush, el vicepresidente Cheney o el secretario de Estado Baker, jugaba a favor del mantenimiento de las alianzas con los estados árabes productores de petróleo. Como hemos comentado, estas alianzas siempre han estado sometidas a la tensión del conflicto con Israel, tanto en la región como en Washington, por lo que en cierta medida el *lobby* del petróleo jugaba un papel de equilibrio hacia las presiones del *lobby* judío. Este contrapeso se expresó en repetidos planes de negociación y de paz que tenían la función de facilitar las relaciones con los árabes, y de aligerar la presión de las opiniones públicas sobre los regímenes árabes para que adoptaran políticas activas de solidaridad con los palestinos y para que se alejaran de la influencia de Estados Unidos. Tras la guerra en Kuwait y el asentamiento de las tropas norteamericanas en Arabia Saudí, la estabilidad de las alianzas con los estados árabes ganaba todavía más importancia.

Así, definitivamente, Israel pasaba de ser un instrumento de la política exterior norteamericana, a ser un problema en política exterior y una variable muy importante en la política doméstica. Los enemigos de Israel ya no eran los mismos que los de Estados Unidos y, por tanto, el papel de Tel Aviv debía cambiar²⁵. La contribución de Israel a los intereses de Estados Unidos pasaba por la aceptación de un proceso de paz y de solución del problema palestino que condujera a la estabilidad en la región²⁶. Esto no significó una disminución del apoyo y de la ayuda de Washington, aunque las presiones de Bush sobre Israel para que no se inmiscuyera en la guerra del Golfo y para que congelara la política de asentamientos en los Territorios Ocupados crearon una cierta sensación de debilidad entre los israelíes²⁷. De todas formas, el apoyo incondicional volvió con toda su fuerza tras la victoria de Clinton.

Desde su nominación como candidato a la presidencia, Clinton atacó a Bush por sus presiones para que Israel congelara la construcción de nuevos asentamientos en los Territorios Ocupados, adoptando una posición que incluso desde Tel Aviv fue percibida como más cercana al Likud que a los laboristas. Posteriormente, el presidente Clinton prometió explícitamente a los israelíes que la ayuda norteamericana se mantendría constante sin tener en cuenta las políticas de colonización de los Territorios Ocupados. La posición de Clinton ante Israel era pragmática, el nuevo presidente no estaba ligado a los intereses petrolíferos como la Administración Bush-Baker y tampoco era un sionista militante como Reagan. El apoyo a Israel estaba dictado por la proximidad del Partido Demócrata al grupo de presión judío y por las donaciones a su campaña, que en cerca de un 60% de las aportaciones no institucionales vinieron de apoyos judíos.

El creciente contacto entre la política norteamericana y la política israelí, con cada vez mayores elementos de confusión entre una y otra, se reflejó en las tensiones de la Administración Clinton ante el proceso de paz y ante Israel. El debate sobre la paz que

dividía a la sociedad israelí²⁸ se trasladó también a la comunidad judía de Estados Unidos y a Washington, con sectores más cercanos al laborismo y otros al Likud, aunque las principales voces de la Administración más implicadas de forma directa con Israel formaban parte de los ámbitos más duros del *lobby* proisraelí²⁹. Las divisiones ante el proceso de paz en la Administración y en la comunidad judía de Estados Unidos condujeron a una política errática ligada a los cambios en los gobiernos israelíes. Durante los gobiernos laboristas, se apoyaron las propuestas de negociación que llegaban de Tel Aviv y se presionó a los palestinos para que las aceptaran, llegando al punto culminante de la cumbre en Camp David en julio de 2000, cuando el mismo presidente Clinton acorraló contra las cuerdas al presidente Arafat para que aceptara la imposición del Gobierno israelí. En este mismo sentido, en las últimas semanas del mismo año, cuando en el seno del Gobierno laborista israelí se afianzaron voces más proclives a una paz aceptable para los palestinos, el mismo Clinton lanzó una nueva propuesta cercana a las posiciones del sector menos intransigente israelí, una propuesta bien recibida por los palestinos que habría podido conducir a una negociación seria si no se hubiera planteado cuando Sharon estaba a pocos días de ganar las elecciones de forma abrumadora.

Durante los gobiernos del Likud, se permitieron las actitudes obstruccionistas sin hacer ninguna presión real para que las conversaciones avanzaran. Con unos y otros, no se llevó a cabo ninguna política efectiva para frenar la colonización de Cisjordania y la Franja de Gaza, al contrario, se protegió a Israel de las condenas internacionales y se hicieron gestos políticos importantes de apoyo a las actitudes intransigentes. Por ejemplo, la Administración Clinton tendió a olvidar que Jerusalén Este es territorio ocupado, e incluso vetó una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas porque se mencionaba la ocupación de la parte árabe de la ciudad³⁰. La posición del Gobierno norteamericano, que ha continuado con declaraciones de miembros del Gobierno del hijo de Bush que han extendido esta posición a toda Cisjordania, niega el derecho internacional y constituye un precedente que se refleja en las conversaciones de paz.

Los gobiernos de Clinton y el de George W. Bush establecieron una política de ayuda económica incondicional a Israel, independientemente de la evolución del proceso de paz y de cestas tan sensibles como los asentamientos de colonos en los territorios ocupados. Así, se mantiene la importante ayuda económica a pesar de que los distintos gobiernos israelíes continúen colonizando los territorios ocupados. Es más, seguramente no sería posible mantener el esfuerzo económico de la colonización sin la ayuda que llega desde Estados Unidos de una forma absolutamente regular, con lo que Estados Unidos está contraviniendo la resolución 465 del Consejo de Seguridad que prohíbe expresamente el apoyo a la colonización de los territorios palestinos.

La ayuda económica oficial de Estados Unidos a Israel se puede calcular en un total de más de 90.000 millones de dólares³¹. Desde 1985, Estados Unidos ha proporcionado a Israel más de 3.000 millones de dólares anuales, siendo el principal receptor

de ayuda norteamericana, lo que contrasta con una renta per cápita israelí superior a la española. Por otra parte, a esta ayuda oficial se le debería añadir 1.000 millones de dólares más cada año en ayuda filantrópica privada, otros 1.000 millones en créditos comerciales y aún otros 1.000 millones en compra de bonos³². Un volumen tal de ayuda exterior, con cualquier otro receptor es utilizado por el Gobierno como un instrumento condicionado a la política exterior. Sin embargo, en el caso de Israel la ayuda ha sido prácticamente incondicional. Desde 1953, cuando la Administración Eisenhower suspendió la ayuda a consecuencia de un proyecto israelí para desviar agua del Jordán superior, sólo la Administración Bush en 1992 usó la ayuda para presionar a Israel cuando el secretario de Estado Baker amenazó al Gobierno Shamir con reducir la ayuda si no suspendía la colonización que estaba obstaculizando el proceso de paz. Como hemos comentado, a renglón seguido el candidato Clinton a la presidencia aprovechó para prometer garantías a la ayuda a Israel, garantías que se mantienen hasta la actualidad. Esto permite deducir que la ayuda estadounidense a Israel, al igual que la política hacia Israel, no está ligada directamente a las necesidades de la política exterior de Estados Unidos, sino que se ha convertido también en un factor de gran importancia en la política doméstica.

CONCLUSIONES: DE LA ALIANZA A LA SIMBIOSIS

La confusión entre la política interior y la política hacia Israel ha ido en aumento hasta convertirse en una evidencia insoslayable con la Administración de George W. Bush. En 1996, ocho destacados académicos y políticos estadounidenses próximos al grupo de presión proisraelí escribieron un documento destinado al recién elegido Gobierno de Benjamín Netanyahu. En las pocas hojas de este informe se aconsejaba sobre la política israelí para defender unos intereses de Israel definidos desde la perspectiva de la ultraderecha nacionalista, con propuestas que chocaban directamente con la política de la Administración Clinton hacia el proceso de paz. Así, defendían que Israel debía reclamar el derecho milenario al territorio palestino, que debía afrontar las negociaciones desde la idea de “por paz” y de “paz mediante la fuerza” en vez de “tierra por paz”, que debía arrogarse el derecho de persecución en el interior de los territorios que estaban bajo el control de la Autoridad Palestina, que debían aplicar el principio de ataque preventivo en vez de la represalia, que debían apartar a Arafat del liderazgo palestino, que se debía apartar a Saddam Hussein del poder en Irak para así debilitar la posición de Siria, y que se debía hacer un esfuerzo para aumentar todavía más el apoyo a Israel en la sociedad y en la Administración de Estados Unidos³³.

Algunos de los autores de este documento pasaron posteriormente a formar parte de la Administración de George W. Bush y a dejar sentir su influencia de una forma directa. Richard Perle fue el director del influyente Consejo de Política de Defensa hasta que saltó el escándalo del conflicto de intereses entre su actividad privada y la política. Sin embargo continúa siendo un miembro influyente del Consejo. Por otra parte, Perle colocó a Paul Wolfowitz, uno de sus protegidos, como secretario adjunto de Defensa. Otro autor y también protegido de Perle es Douglas Feith, subsecretario de Defensa, tercero en la jerarquía del departamento. David Wurmser, es el ayudante especial de John Bolton, subsecretario de Control de Armas en el Departamento de Estado y el hombre del grupo de presión neoconservador y proisraelí impuesto a un reticente Colin Powell. Es de una evidencia diáfana que la mayoría de consejos que se dieron a Netanyahu desde el grupo neoconservador y proisraelí se han convertido en directrices de la política de la Administración Bush. Lo que, como hemos visto, llevó a algunos a preguntarse incluso hacia dónde se dirige la lealtad de estos políticos estadounidenses, ¿hacia los intereses de su país o hacia los intereses de Israel?³⁴

La coincidencia en el poder de George W. Bush y de Ariel Sharon condujo a una relación casi simbiótica en la percepción y las políticas de los dos Gobiernos hacia Oriente Medio y la cuestión palestina. En otra coyuntura, como durante la Administración de Bush padre, esta concordancia de intereses y de políticas habría sido más difícil a consecuencia de las presiones que recibe el Departamento de Estado para mantener un nivel estable de relaciones con los países árabes aliados, con especial interés en Arabia Saudí. La gran diferencia en la nueva Administración es el cambio en las políticas defendidas por el grupo de presión ligado a los intereses del petróleo. Por primera vez hay una alianza clara de los tres sectores más influyentes en la política estadounidense hacia Oriente Medio: el grupo de presión proisraelí, el grupo de presión militar-industrial y el grupo de presión del petróleo. Hasta el Gobierno de George W. Bush el grupo de las compañías de petróleo había defendido el apoyo a los regímenes de Arabia Saudí y de los países productores del Golfo como el principal mecanismo para controlar la producción, los pozos de petróleo y el mercado de la energía. Esto introducía elementos de moderación en las políticas de Washington hacia Israel y Oriente Medio, que estaban permanentemente sometidas a la doble tensión de las alianzas con el Estado israelí y con los gobiernos árabes conservadores. Sin embargo, el grupo de presión del petróleo ha modificado su política hacia la región y ha optado por el control directo y colonial del petróleo.

Una importante señal de la debilidad de las alianzas con los regímenes árabes fue el comportamiento de la monarquía hachemí de Jordania durante la crisis del Golfo de 1990-1991. A pesar de su dependencia de Washington, el Gobierno de Amman se vio obligado a seguir el camino impuesto por el pueblo en la calle y mantener una cierta equidistancia en el conflicto, una posición que los aliados contra Irak entendieron

como una traición. En un caso como el jordano la presión de la opinión pública sobre el Gobierno y el posicionamiento del país no tuvieron mucha importancia más allá del símbolo, pero ¿qué hubiera ocurrido si los gobiernos de Egipto o de Arabia Saudí se hubieran visto obligados también a escuchar la voz del pueblo?

En los años siguientes, las mediaciones estadounidenses y las negociaciones de paz con Israel, facilitadas por la iniciativa de Arafat en Oslo, intentaron dar nuevas bases de legitimidad a los regímenes árabes aliados. Pero los atentados del 11 de septiembre despertaron de nuevo las dudas sobre la fiabilidad de los regímenes y, en esta ocasión, en una potencia de la región: Arabia Saudí. Para los sectores cercanos a Israel en Estados Unidos, los hechos del 11 de septiembre apoyaban lo que venían defendiendo desde finales de los años sesenta, que los lazos con los árabes, incluso con los aliados más fieles, son efímeros, mientras que el lazo con Israel es prácticamente de identidad y, por tanto, perdurable. Esta idea de identidad compartida por Israel y Estados Unidos nos permite también comprender que, para algunos estadounidenses, pueda haber confusión entre los intereses de Israel y los de Estados Unidos. Para los sectores ligados al petróleo la duda sobre las alianzas con los regímenes árabes obligaba a buscar el control directo de la región petrolífera. Así, el mismo Cheney que en 1991 había rechazado la invasión de Irak y el derrocamiento de Saddam Hussein, se convertía en uno de los principales impulsores de la política de intervención armada y de control colonial. Y junto con él lo hacían otros personajes destacados del grupo de presión del petróleo, como el mismo presidente Bush y su padre, la consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld.

El fracaso del proceso de paz había de tener graves consecuencias para la posición de Estados Unidos en la región, pues era un claro signo de impotencia ante Israel y ante la Autoridad Nacional Palestina al no conseguir que aceptaran las propuestas de solución que llegaban desde Washington. Las señales de debilidad de Estados Unidos hicieron disminuir su credibilidad y aumentaron el rechazo entre los actores árabes, y permitieron que Israel se creciera en sus políticas de represión a los palestinos, de colonización y de intransigencia ante la negociación. Ante la incapacidad de Estados Unidos para asentar unas reglas del juego y una salida negociada al conflicto que respondiera a sus objetivos, se optó por la opción coactiva. Sin embargo, ésta sólo se podía aplicar sobre los actores más débiles ya que Israel había demostrado sobradamente su fortaleza en la política doméstica norteamericana.

La disminución del poder de influencia de Washington sobre los actores de Oriente Medio y la incapacidad de atraerlos a su juego mediante instrumentos de poder suave impulsaron una política imperial basada en el poder militar y la imposición sobre los árabes. La invasión de Irak, entre otros factores, se debe leer en este contexto de transición de la política norteamericana de la hegemonía al imperio a causa de una creciente debilidad a la que no es ajena Israel.

Incluso la “Hoja de Ruta”, como plan para la solución del conflicto palestino-israelí, se muestra como una nueva imposición a una Autoridad Nacional Palestina forzada a aceptarla. Como es fácil comprobar, esta “Hoja de Ruta”, en buena parte de su contenido y sobre todo en el programa de aplicación, responde a las propuestas de la derecha sionista tanto de Israel como de Estados Unidos. Una paz justa en Palestina debería permitir el retorno de millones de refugiados palestinos a sus casas y a sus tierras. No será posible. Pero para que la paz fuera al menos aceptable, que no justa, se tendría que basar en la constitución de un Estado palestino en los territorios ocupados por Israel en junio de 1967: Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza. La “Hoja de Ruta” y la implicación de Naciones Unidas, la Unión Europea y Rusia, además de Estados Unidos, serán positivos si señalan el camino hacia este objetivo.

Sin embargo, este teórico mapa hacia la paz está lleno de trampas, lleno de exigencias muy difíciles de cumplir por los palestinos y que los pueden conducir a un enfrentamiento fratricida, y lleno de obstáculos si no hay una voluntad clara por parte israelí de retirada a las líneas de 1967. La invasión de Irak, la terrible opresión del ejército israelí sobre la población palestina y las avances de la colonización de los territorios ocupados hacen temer que esta “Hoja de Ruta” será un nuevo instrumento para justificar la ocupación o para imponer una solución inaceptable para la mayoría de los palestinos. La evolución de las relaciones entre Estados Unidos e Israel, y la confluencia de intereses en los grupos de presión estadounidenses nos permiten afirmar que en un futuro cercano no habrá ni una paz justa ni una paz aceptable en Palestina.

Referencias bibliográficas

- ARURI, N. H. "Palestinian Nationalism Since 1967: An Overview". Y. Lukacs & A. M. Battah (eds.), *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- BAILEY, S. D. *Four Arab-Israeli Wars and the Peace Process*. London: Macmillan, 1990.
- BAR-SIMON-TOV, Y. *Israel, the Superpowers and the War in the Middle East*. New York, London: Praeger, 1987.
- CARL BROWN, L. "The June 1967 War: A Turning Point?". Y. Lukacs & A. M. Battah (eds.), *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- CATTAN, H. *The Palestine Question*. London; New York; Sydney: Croom Helm, 1988.
- CHRISTISON, K. y B. "El conflicto de lealtades de la Administración Bush". 28 de diciembre de 2002. Rebelión.org. <http://www.rebelion.org/imperio/christison281202.htm>
- CLARKE, D. L. "Entanglement: The Commitment to Israel". Y. Lukacs & A. M. Battah (eds.), *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- CORM, G. *Le Proche-Orient éclaté 1956-1991*. Paris: Gallimard, 1991.

- DESSOUKI, A. E. H. "The Limits of Instrumentalism: Islam in Egypt's Foreign Policy". A. Dawisha (ed.), *Islam in Foreign Policy* Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- EVRON, Y. "The United States and the Middle East in the Post Cold-War Era". B. Rubin, J. Ginat & M. Ma'oz (eds.), *From War to Peace: Arab-Israeli Relations 1973-1993* Brighton; New York: Sussex Academic Press; New York University Press, 1994.
- FINKELSTEIN, N. G. *Image and Reality of the Israel- Palestine Conflict*. London; New York: Verso, 1997.
- FREEDMAN, R. O. "Moscow and the Arab-Israeli Conflict Since 1967". Y. Lukacs & A. M. Battah (eds.), *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- HALEVI, I. "Moyen Orient: vieux concepts, nouvelles réalités. Vous avez dit stratégie?". *Peuples Méditerranéens*. No. 58- 59 (1992).
- HART, A. *Arafat*. Londres: Sidgwick & Jackson, 1994.
- HINNEBUSCH, R. A. "Egypt, Syria, and the Arab State System". Y. LUKACS & A. M. BATTAH (eds.), *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- IZQUIERDO BRICHS, F. "Israel: La división ante la paz", *Revista Cidob d'Afers Internacionals*. No. 48 (1999). Jewish Virtual Library "U.S. Assistance to Israel (FY1949-FY2003)" <http://www.us-israel.org/jsource/US-Israel/U.S. Assistance to Israel1.html> (consultada en mayo de 2003).
- KISSINGER, H. *Mis Memorias*. Buenos Aires: Atlántida, 1979.
- KORANY, B. "La nation dans tous ses Etats: dialectique unité/diversité". En: FLORY, M.; KORANY, B., Mantran, R. Camau, M. y AGATE, P. *Les régimes politiques arabes* Paris: Presses Universitaires de France, 1991.
- LAQUEUR, W. & RUBIN, B. (eds.) *The Israel-Arab Reader* New York: Penguin Books, 1991.
- LIEBER, R. J. "Los orígenes de la relación EEUU- Israel". *Nación Árabe*. No. 38 (verano 1999).
- LUKACS, Y. (ed.) *The Israeli-Palestinian Conflict: A Documentary Record*. New York: Cambridge University Press, 1992.
- MANSOUR, C. *Israël et les Etats-Unis*. Paris: Armand Colin, 1995.
- MARK, C. R. "Israel: U.S. Foreign Assistance", Issue Brief for Congress (October 17, 2002) <http://www.adc.org/IB85066.pdf>
- MARR, P. "Strategies for an Era of Uncertainty: The U.S. Policy Agenda". En: P. Marr & W. Lewis (eds.), *Riding the Tiger. The Middle East Challenge After the Cold War* Boulder; San Francisco; Oxford: Westview Press, 1993.
- NASSAR, J. R. *The Palestine Liberation Organization. From armed struggle to the Declaration of Independence*. New York; London: Praeger, 1991.
- NEFF, D. *Fallen Pillars. U.S. Policy towards Palestine and Israel since 1945*. Washington D.C.: Institute for Palestine Studies, 1995.
- OVENDALE, R. *The origins of the Arab-Israeli Wars*. New York; London: Longman, 1992.
- PERLE, R.; COLBERT, J.; FAIRBANKS, C. JR.; FEITH, D.; LOEWENBERG, R.; WURMSER; D. y WURMSER, M. "A Clean Break: A New Strategy for Securing the Realm" (1996) <http://www.israeleconomy.org/strat1.htm>
- PERLMUTTER, A. *Israel*. Madrid: Espasa Calpe, 1987.

- QUANDT, W. "The Arab-Israeli Conflict in the 1990s: Prospects for a Settlement". En: MARR, P. & LEWIS, W. (eds.) *Riding the Tiger. The Middle East Challenge After the Cold War* Boulder; San Francisco; Oxford: Westview Press, 1993.
- RUBENBERG, C. A. "The Structural and Political Context of the PLO's Changing Objectives in the Post-1967 Period". En: LUKACS, Y. & BATTAH, A. M. (eds.) *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- SAHLIYEH, E. F. "The West Bank Palestinians and the Politics of Marginalization". En: LUKACS, Y. & BATTAH, A. M. (eds.) *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- SEGAL, J. M. "Ces fantasmes qui couvrent la voix de la conscience juive". *Le Monde Diplomatique*. No. 433 (abril 1990).
- SPIEGEL, S. L. "American Middle East Policy Since the Six Day War". En: LUKACS, Y. & BATTAH, A. M. (eds.) *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- STORK, J. "EEUU y la cuestión palestina". *Anuario CIP 1993-1994*.
- WELCH, D. A. "The politics and psychology of restraint: Israeli decision-making in the Gulf War". *International Journal*. No. XLVII (primavera 1992).
- ZOUBIR, Y. H. "The Soviet Union and the Arab States Since 1967". En: LUKACS, Y. & BATTAH, A. M. (eds.) *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change* Boulder; London: Westview Press, 1988.
- ZUNES, S. "The strategic functions of U.S. Aid to Israel". *Middle East Policy*. No. 4 (octubre 1996).
- ZUNES, S. "U.S. Policy towards Jerusalem: Clinton's Shift to the Right". *Middle East Policy*. No 3 (1994).

Notas

1. La influencia de Clarck McAdams Clifford, el consejero electoral de Truman, a favor de la partición, y el peso del voto judío en Nueva York también fueron determinantes en la decisión presidencial (Ovendale 1992: 127).
2. Nasser veía a Egipto como el centro de tres círculos: árabe, africano e islámico. Egipto era el centro del mundo árabe, a nivel geográfico, demográfico, religioso y militar, y se convertiría en el centro político. Nasser también creía que El Cairo tenía que ser el puente de comunicación de las nacientes independencias africanas hacia el exterior. Finalmente, la histórica universidad de Al-Azhar le permitía reclamar la centralidad en el mundo islámico. En cada uno de estos círculos el antiimperialismo de Nasser se enfrentaba a Francia y al Reino Unido, que lo vieron como una nueva amenaza en su lucha contra los movimientos independentistas. El círculo panárabe pronto sería el preponderante en la política exterior de Nasser, y el círculo islámico se vería sustituido por la política de no alineamiento (Dessouki, 1986: 84).
3. Spiegel (1988: 200-201). Lieber (verano 1999: 63-65).
4. El Pacto de Bagdad coincidió con el endurecimiento de la política de represalias israelí, lo que aumentó la percepción de amenaza en el régimen naserista y puso de relieve la debilidad egip-

cia seis años después de la derrota de 1948 y tres años después de la llegada al poder de un régimen y de un líder determinados a lavar la afrenta de la *Catástrofe*. La estrategia de Tel Aviv de represalias incrementadas y la militarización de la política exterior israelí condujo a una nueva espiral de tensión que sería una de las causas de nuevas guerras, ya que esta política de disuasión inmediata conducía a la de disuasión general. Las represalias israelíes sirvieron también para avivar no sólo la resistencia palestina, sino también la percepción de amenaza en los estados árabes, lo que, en vez de disuadir, provocó la radicalización de las posiciones árabes antiisraelíes. Nasser potenció entonces el rearme egipcio y como los intentos de compra de armamento a las potencias occidentales fracasaron debido a la Declaración Tripartita de 1950 se dirigió al bloque del Este, lo que le alejaría más de Estados Unidos.

5. La Declaración Tripartita fue un acuerdo entre Estados Unidos, Francia y el Reino Unido según el cual se comprometían a suministrar armamento a Israel y los estados árabes sólo en función de sus necesidades defensivas, y de acuerdo a sus declaraciones de compromiso de no actuar agresivamente contra otro Estado. Al mismo tiempo, las tres potencias manifestaban su oposición a cualquier amenaza o uso de la fuerza y a cualquier violación de las fronteras y líneas de demarcación. La Declaración Tripartita fue consecuencia de las sugerencias de Ralph Bunche en el sentido de evitar la escalada armamentista en la zona, y, sobre todo, de las presiones israelíes y del *lobby* judío en Estados Unidos para impedir las ventas de armamento británico a sus países árabes aliados (Bailey, 1990: 112-113). Según Korany (1991: 153), la Declaración Tripartita era un compromiso de las potencias en favor del statu quo, que en aquellos momentos se veía favorable a Israel, además de mantener la tutela de las potencias occidentales en la región.
6. Citado en Clarke (1988: 217-218).
7. El ataque al Liberty es uno de los episodios más extraños de las relaciones entre Israel y Estados Unidos. El Liberty era un barco espía norteamericano que controlaba las comunicaciones israelíes y árabes. Según Hart (1994: 196) su función era asegurarse que Israel no iría más allá de lo acordado con Washington en la agresión a Egipto. El 8 de junio aviones y torpederos israelíes atacaron el barco matando a 34 tripulantes e hiriendo a 75. La mayoría de fuentes y testimonios de la CIA coinciden en responsabilizar a Dayan del ataque. El objetivo sería destruir las pruebas de las provocaciones israelíes a jordanos y sirios para forzar su participación en la guerra y evitar que Estados Unidos impidiera la conquista del Golán en los días siguientes (Ovendale, 1992: 203), (Bailey, 1990: 233-235), (Hart, 1994: 196-199). Más allá del propio incidente, es interesante ver el episodio del Liberty en el marco de las relaciones israelo-estadounidenses. Por una parte, parece demostrado que había algunos altos funcionarios de la Administración americana que estaban avisados del ataque (Hart, 1994: 198). Por otra parte, es ilustrativo que la muerte de 34 estadounidenses no tuviera prácticamente ninguna repercusión ni a nivel de opinión pública –tapándose el incidente–, ni a nivel diplomático –la ayuda norteamericana no sólo se mantuvo sino que aumentó–, convirtiéndose en un buen ejemplo del poder del *lobby* judío tanto en los medios de comunicación como en el aparato político de Estados Unidos. En contraste, se puede comparar con

cualquier acción de los palestinos en la que resultara muerto o herido algún ciudadano estadounidense y la repercusión que tenía a todos los niveles.

8. Spiegel (1988: 208).
9. Clarke (1988: 218).
10. En una primera etapa, Oriente Medio todavía ocupó un lugar secundario, en la política exterior estadounidense, comparado con Vietnam, China, las conversaciones SALT y el proceso de distensión, pero a partir de 1973 la región pasaría definitivamente a primer plano. En este primer período se enfrentaron dos estrategias distintas dentro de la Administración estadounidense, la del secretario de Estado, William Rogers, y la del influyente consejero y su sucesor en la Secretaría de Estado, Henry Kissinger. Rogers defendía una aproximación regional al conflicto y, en 1969, propuso un plan de paz, basado en la resolución 242, que fue rechazado por Israel, lo que reforzó la posición de Kissinger (Spiegel, 1988: 206). Este, abogaba por no presionar a Israel para que negociara hasta que Egipto se alejara de la URSS y entrara en la órbita estadounidense: "(...) cuanto más continuara el estancamiento más obvio sería que la Unión Soviética había fracasado en lograr lo que querían los árabes. A medida que pasaba el tiempo, sus clientes árabes estarían obligados a llegar a la conclusión de que la amistad con la Unión Soviética no era la clave para realizar sus fines (...) Esta era mi estrategia, que gradualmente se convirtió en nuestra política desde 1969 en adelante (...) En 1972 y 1973 la estrategia empezó a tener éxito" (Kissinger, 1979: 268).
11. Rubenberg (1988: 106-107).
12. Christison, Kathleen y Bill (dic. 2002). Se da otra paradoja en el grupo de presión proisraelí, y es precisamente que es básicamente proсионista y no projudío. Esto se pudo apreciar ya en los años treinta, cuando Washington restringió la inmigración de judíos europeos, en un momento de máxima persecución, facilitando la emigración a Palestina. En un grado mucho mayor, el mismo mecanismo se aplicó durante los años noventa a petición del Gobierno de Israel, para impedir la entrada de judíos soviéticos a Estados Unidos, el destino preferido, y forzar la emigración de cerca de un millón de ex ciudadanos soviéticos a Israel.
13. La política israelí siempre ha sido la de evitar al máximo la intervención de estados terceros o de organizaciones internacionales como mediadores en el conflicto. En este aspecto también se dan diferencias entre los "halcones" y las "palomas". Los primeros son partidarios de la negociación bilateral con los árabes sin que se inmiscuyan fuerzas exteriores al conflicto. Los menos duros creen que la mediación estadounidense puede levantar obstáculos para llegar a un acuerdo (Perlmutter, 1987: 210).
14. "The Rogers Plan: Address by Secretary of State Rogers, Washington, D.C., 9 December, 1969" (Lukacs, 1992: 58-60).
15. "Statement by the Israeli Government Embodying a Reaction to the U.S. Secretary of State Rogers' Address on United States Foreign Policy in the Middle East. Tel Aviv, 11 December, 1969" (Lukacs, 1992: 182-183).
16. Bailey (1990: 328).
17. Zoubir (1988: 296).

18. "The Egyptian-Israeli Accord on Sinai (September 1, 1975)". En: Laqueur y Rubin (1991: 572-582).
19. "Memorandum of Agreement Between the Governments of Israel and the United States, September 1975". En: Lukacs (1992: 60). En las garantías ofrecidas a Israel, Estados Unidos se comprometió a continuar suministrando armamento y alta tecnología a Israel, con planes de contingencia para posibles emergencias, así como a proporcionar ayuda económica y petróleo. Las garantías también abarcaron las posibles amenazas exteriores, desde una potencia mundial. Finalmente, ante la posible convocatoria de la Conferencia de Ginebra, en el memorándum ya visto, se comprometió a coordinar su política con la de Israel, tanto ante la OLP como ante la participación de nuevos estados o grupos en las conversaciones. Este punto se dirigía a los palestinos y a los europeos, que Israel y Kissinger querían mantener alejados del proceso de paz ("US-Israeli memoranda and addendum". En: Bailey, 1990: 374-377). En contraste, las garantías ofrecidas a Egipto se limitaban a consultas en caso de violación israelí del Acuerdo, a asistencia técnica para los sistemas de prevención en el Sinaí y a ayuda económica ("US assurances to Egypt", en Bailey, 1990: 377).
20. Hinnebusch (1988: 185).
21. De hecho, el viaje de Sadat a Jerusalén y las negociaciones de Camp David, al año siguiente, volvieron a expulsar a la URSS de Oriente Medio. Tras el acuerdo de paz egipcio-israelí, la URSS esperaba que el rechazo árabe le volvería a dar entrada en la región, pero distintos factores lo impidieron. Por una parte, la misma división árabe obstaculizaba las alianzas exteriores comunes. Por otra parte, la política soviética en Afganistán le enajenó la amistad de los estados del Golfo, que se giraron hacia Estados Unidos a pesar de Camp David. La cooperación militar norteamericana con Arabia Saudí, con el suministro de los aviones AWAC, también fue un duro golpe a la política soviética en Oriente Medio. Finalmente, Gorbachov decidió terminar con la principal traba a su presencia en la región e inició el proceso de normalización de relaciones con Israel (Freedman, 1988: 273-276, 282-283).
22. Sahliyeh (1988: 91). En noviembre de 1989, durante una visita del primer ministro israelí Yitzak Shamir a Estados Unidos, la comunidad judía en aquel país rompió la norma establecida de no criticar nunca al jefe del Gobierno israelí cuando estuviera en Washington. Por una parte, un grupo de más de doscientos rabinos y por otra un grupo de importantes personalidades del *lobby* judío criticaron la política de Shamir hacia los palestinos y sus propuestas de futuro. Sin embargo, también se debe señalar que las críticas de la comunidad judía estadounidense a las políticas israelíes siempre son de corto alcance y no significan su comprensión hacia los palestinos, ya que ven la necesidad de solucionar el conflicto con los palestinos, no como un reconocimiento de sus derechos, sino como la necesidad de salir del embrollo en el que se encuentran y que la *intifada* agravó (Segal, 1990: 22).
23. Quandt (1993: 98, 91); Stork (1994: 97-98); Zunes (1996: 101); Evron (1994: 220).
24. Desde 1973, Estados Unidos había intentado desembarcar directamente sobre el petróleo, pero Arabia Saudí se negó a dar el permiso a las tropas norteamericanas para pisar el suelo "sagrado" árabe hasta la guerra del Golfo (Corm, 1991: 355).

25. Halevi (1992: 287). Desde Israel se hará un esfuerzo ingente en identificar nuevos enemigos que le devuelvan su papel estratégico en la región, el principal: el islamismo radical. Sin embargo, incluso contra el islamismo, Israel es más una molestia que un instrumento de contención, pues, por un lado, el islamismo debe ser derrotado en los propios estados musulmanes y, por otro, Israel es uno de los principales factores de cohesión y radicalización de la nueva ideología político-religiosa.
26. Mansour (1995: 157).
27. Sobre las presiones estadounidenses a Israel durante la crisis del Golfo y la percepción de menoscabo estratégico que produjeron en Tel Aviv, véase Welch (1992). Welch (1992: 355) creía que la posición estratégica israelí se vio debilitada. Zunes (1996: 94), con más perspectiva temporal, habla de un distanciamiento retórico de Bush que, sin embargo, no rompió la relación especial con Israel al no haber ninguna razón para ello, pues las nuevas alianzas con los árabes no lo exigieron. Por nuestra parte, creemos que la percepción de Zunes es la más ajustada, ya que al mismo tiempo que se daban estas presiones sobre el Gobierno de Tel Aviv, Washington avanzaba en la dirección de "preposicionar" grandes cantidades de equipo militar en Israel, con lo que el papel estratégico de Israel ganaba fuerza y las garantías de seguridad también, ya que este equipo equivalía a un puente aéreo instantáneo en caso de una nueva guerra israelí contra los árabes.
28. Ver Izquierdo Brichs (1999).
29. Así, encontramos a Martin Indyk en la sección de Oriente Medio del Consejo Nacional de Seguridad, a Samuel Lewis en Planificación Política del Departamento de Estado y a Dennis Ross como encargado de las conversaciones de paz. Indyk y Ross provenían del WINEP (Instituto para la Política de Oriente Próximo de Washington), una de las principales instituciones ligadas al grupo de presión proisraelí, y Lewis había sido embajador en Israel. Un ejemplo de esta división lo encontramos en la actitud del Gobierno estadounidense ante la propuesta de "Gaza y Jericó primero" que conduciría a los Acuerdos de Oslo de 1993. Comenta Nabil Sha'ath, negociador palestino, que esta propuesta despertó interés en el presidente Clinton y el secretario de Estado Warren Christopher, pero que fue rechazada por Indyk, Ross y Lewis, por lo que palestinos y laboristas israelíes decidieron negociar de forma directa en Oslo (Stork (1994: 108).
30. Ver Zunes (1994).
31. Jewish Virtual Library "U.S. Assistance to Israel (FY1949-FY2003)" http://www.us-israel.org/jsource/US-Israel/U.S._Assistance_to_Israel1.html (consultada en mayo de 2003). Esta página ofrece un detalle de la ayuda desde 1949.
32. Mark, Clyde R. (October 17, 2002) "Israel: U.S. Foreign Assistance", Issue Brief for Congress <http://www.adc.org/IB85066.pdf>
33. Perle, Richard; Colbert, James; Fairbanks, Charles Jr.; Feith, Douglas; Loewenberg, Robert; Wurmser, David y Wurmser, Meyrav (1996) "A Clean Break: A New Strategy for Securing the Realm" <http://www.israeleconomy.org/strat1.htm>
34. Christison, Kathleen y Bill (28 de diciembre de 2002). Podríamos nombrar otros como Lewis "Scooter" Libby (jefe del equipo del vicepresidente Cheney), Peter Rodman y Dov Zachkeim

(secretarios adjuntos en Defensa), John Hannah (director adjunto de personal de la oficina de Cheney), Elliot Abrams (director de Asuntos de Oriente Medio en el Consejo Nacional de Seguridad), y muchos otros que están situados en cargos intermedios de los departamentos de la Administración con influencia en la política exterior hacia Oriente Medio.